

NEW LEFT REVIEW 100

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2016

	EDITORIAL	
SUAN WATKINS	¿Soltando amarras?	7
	ARTÍCULOS	
MALCOLM BULL	Ablandar el Estado	39
TONY WOOD	Espejos oscuros	61
PERRY ANDERSON	Los herederos de Gramsci	79
NANCY FRASER	El capital y los cuidados	111
MICHEL AGLIETTA	La desaceleración estadounidense	133
	CRÍTICA	
ROB LUCAS	La máquina libre	146
EMMA FAJGENBAUM	La cultura de la auditoría	163
DAVID OWEN	Los conformistas	172

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CRÍTICA

Paul Mason, *Postcapitalism: A Guide to Our Future*, Londres, Allen Lane, 2015, 340 pp.; *Postcapitalismo*, Barcelona, Paidós, 2016, 432 pp.

ROB LUCAS

LA MÁQUINA LIBRE

Postcapitalism, de Paul Mason, es un libro ambicioso, que abarca la historia y la teoría económica, la trayectoria del socialismo, el diagnóstico de este presente proclive a las crisis y una estratégica visión del futuro. Se trata también de un libro inusual, que aborda, con un espíritu libre, temas que normalmente se dejan a los estudiosos de los viejos debates de la izquierda y que se propone construir una estructura histórico-teórica grandiosa a partir del pensamiento de Mises y Marx, de Luxemburg y Hayek, de Preobrazhensky y Gorz. Y es, además, un éxito de ventas –algo notable teniendo en cuenta el terreno en el que nos movemos–, lo que quizá se deba en parte a la gran visibilidad de la que disfruta Mason en tanto redactor de la sección de economía en la BBC y en Channel 4. Nacido en Lancashire en 1960, hijo de un conductor de camión y de una directora de escuela primaria, Mason dice haberse hecho «marxista a los 16 años y trotskista a los 19». Estudió música y política en Sheffield y comenzó una carrera académica musical a principios de la década de 1980, antes de pasarse al periodismo. Para cuando se infló la burbuja de las empresas *puntocom* a finales de la década de 1990 ocupaba el cargo de director adjunto en *Computer Weekly*. A continuación se unió al noticiero *Newsnight* BBC como redactor jefe de asuntos económicos, donde su primer programa trató de las consecuencias económicas de los ataques del 11 de septiembre de 2001. En 2013 se mudó a Channel 4. En estos puestos se ha convertido en un nombre familiar en Gran Bretaña, famoso por sus airadas intervenciones ante la cámara desde la primera línea de los

levantamientos globales. Pero ha frecuentado todo el espectro de los media, desde la televisión y la radio a las columnas de periódico, los blogs, una presencia prominente en Twitter y Facebook, y una novela ambientada en el salvaje Oeste chino. Este año se ha hecho *freelance*, para comprometerse con «el nuevo espacio que se está abriendo, allí donde la izquierda de la socialdemocracia se encuentra con la izquierda radical, los verdes y la política de la autonomía», liberado de las restricciones ligadas a los medios de comunicación dominantes, y ha sido un comentarista destacado de las sucesivas crisis que han sacudido al Reino Unido. Las posiciones políticas de Mason han sido extrañamente ambidiestras: ha apoyado a Corbyn, el movimiento Occupy y las protestas estudiantiles, pero también parece apoyar una puesta al día del arsenal nuclear británico contra la amenaza de los submarinos rusos, y defiende la idea de bombardear a Al Assad. Si hay una explicación sistemática para tal eclecticismo, lo cierto es que él no la ha dado.

El primer libro de Mason fue *Live Working or Die Fighting* (2007), una atractiva yuxtaposición de episodios de la historia del movimiento obrero con escenas contemporáneas de diversas revueltas de clase: Peterloo en 1819 y Shenzhen en 2003; París en 1871 y Amukoko en 2005. La idea era ofrecer a los activistas altermundialistas y a la nueva clase obrera global un recorrido por el movimiento obrero primigenio. Sin demasiado optimismo ni asumiendo tampoco que la historia se vaya a repetir, Mason esperaba, no obstante, un próximo movimiento obrero. En 2008 su actividad de reportero le llevó a las puertas de Lehman Brothers justo cuando el banco se venía abajo, y de aquellas experiencias nació *Meltdown* (2009), un libro en el que de nuevo entrelazaba el periodismo con una visión de más largo alcance. Siguiendo el rastro de Lehman hasta los orígenes de las turbulencias de la eurozona, Mason indagaba luego en la prehistoria de la crisis, que situaba en la desregulación, la ideología neoliberal y los desequilibrios globales. Identificaba la tecnología de la información como la fuerza motriz detrás del momento neoliberal, señal de una ruptura en los ciclos regulares del crecimiento capitalista; un tema tecnológico que ganó prominencia en *Why It's Kicking Off Everywhere* (2012), que de nuevo volvía a retratar con viveza las luchas sociales, cubriendo la explosión global entre 2010 y 2012. Mason encontró sus respuestas en la emergencia de una juventud educada pero excluida, y ahora estructurada en redes a través de tecnologías que permitían formas de organización espontáneas y horizontales.

Postcapitalism desarrolla estos temas hasta lograr una síntesis sorprendente. Partiendo de nuevo del colapso de Lehman, la línea argumental se construye a lo largo de diez capítulos interconectados, cada uno de los cuales plantea una pregunta para el siguiente, moviéndose desde el panorama económico-histórico, a través de los efectos de una «información» ascendente, hasta las cuestiones de las transiciones y los programas. ¿Qué es lo

que yace en la raíz de 2008? Las contradicciones internas del neoliberalismo –la financiarización y el estancamiento salarial; la ruptura resultante entre la actividad crediticia y los niveles de ahorro; los desequilibrios globales entre las economías de importación y de exportación–, todas ellas respaldadas por una moneda fiduciaria bajo la premisa de la legitimidad del gobierno de Estados Unidos, que permitieron a la Reserva Federal generar «oleadas y oleadas de falsas señales sobre el futuro». La situación se ha estabilizado mediante los rescates, unos tipos de interés del 0 por 100 y una flexibilización cuantitativa por valor de doce billones de dólares, que han transferido los costes de la crisis a los asalariados. Pero en la medida en que este modelo incrementa la fragilidad financiera, ha preparado el camino para la próxima crisis, aunque esta vez sin la posibilidad de acometer rescates comparables. Los salarios reales siguen cayendo, mientras que el sector bancario «en la sombra» ha crecido y la deuda ha triplicado el PIB global. Entre tanto, la tecnología ha permitido a la gente rebelarse y ha «abierto áreas enteras de vida económica a la posibilidad de la colaboración y la producción más allá del mercado».

¿Cómo hemos llegado a esta situación? Mason se propone la tarea de situar esta evaluación en «el cuadro del destino general del capitalismo», a partir de las ondas de aproximadamente cincuenta años de duración, que el economista soviético Nicolái Kondrátiev teorizó en la década de 1920, desde los despegues tecnológicos impulsados por las guerras y las revoluciones hasta las desaceleraciones, la financiarización y la depresión, que él explicaba –recordando a Marx– en términos de una necesidad cíclica de renovar las infraestructuras. En opinión de Mason, hasta ahora ha habido cuatro ondas de este tipo, que corren entre 1790 y 1848, entre 1848 y mediados de la década de 1890, entre 1890 y 1945, y entre finales de la década de 1940 y 2008. Cada una de estas ondas ha consistido en un auge, una crisis y una depresión. El talento de Mason para las sinopsis está bien ejemplificado en este esbozo de los debates en torno a la obra de Kondrátiev. Trotsky argumentó que los factores políticos coyunturales eran más importantes que los económicos a la hora de determinar los ritmos del capitalismo y que la verdadera curva que había que entender no eran las ondas dentro de la historia capitalista, sino la trayectoria del capitalismo como tal. Para el economista V. E. Bogdanov, el problema con la teoría de Kondrátiev era que no tenía en cuenta las interacciones con el mundo no capitalista; para Miron Nachimson, esto suponía un desafío a la fe bolchevique en el final inminente del capitalismo. Aceptadas por Schumpeter y sus seguidores y atacadas por Samuelson, las ondas de Kondrátiev han sido desde entonces objeto de disputa. El descubrimiento de que los alisados estadísticos de los datos, incluso de los aleatorios, provocan patrones ondulares arrojó aún más

dudas, pero Mason invoca las investigaciones de Andréi Korotáyev y Sergey Tsirel, que identifican dichos patrones en cifras de PIB sin alisar.

¿Qué es lo que mueve las mutaciones representadas por estas ondas, y qué se necesita para poner fin a toda esta secuencia? Para dar respuesta a esta pregunta, Mason echa mano de la historia de la teoría marxista de la crisis, en la que halla un persistente optimismo del intelecto. La utilidad de la versión de Marx se vio limitada por transformaciones que tuvieron lugar tras su muerte y las predicciones milenaristas de sus seguidores inmediatos se vieron contradichas por el auge de la *belle époque*. Con la electricidad, el teléfono, el acero, el cine, los monopolios, los cárteles para la fijación de precios y los bancos de inversión, el capitalismo asumió una nueva forma a partir de la década de 1890, forma que a su vez requería de nuevas teorizaciones. Aunque éstas fueron convenientemente aportadas por Hilferding, Mason argumenta que sus esperanzas socialistas le indujeron una cierta ceguera en cuanto a las capacidades adaptativas del capitalismo –tal y como les sucedió a Luxemburg, Lenin, Bujarin y Varga–, pero piensa que la teoría de Kondrátiev sobre la renovación del capitalismo ofrece un remedio. Así, aunque otorga validez a la teoría de la crisis de Marx, basada en la teoría del valor-trabajo y en la tendencia descendente de la tasa de beneficio, cree que esto se manifiesta históricamente a través de ondas cíclicas largas, que en cada ocasión implican amplias transformaciones estructurales. Y la articulación de estructuras específicas cada vez significa que «la teoría moderna de la crisis tiene que ser macroeconómica, no abstracta» y dar cuenta de cosas tales como el Estado, los bancos centrales, los monopolios y las organizaciones obreras. De esta forma, lo que hay que explicar, además de la caída de las tasas de beneficio en los años anteriores a la crisis de 2008, es la desaparición de los factores que antaño compensaban dicha caída.

Mason extrae una «esencia destilada» de las tres primeras ondas, y la mezcla con «lo que la comprensión marxista de la crisis tiene de racional»: en primer lugar, la caída de los beneficios del sector industrial implica que el capital se acumula en el sistema financiero, estimulando la búsqueda de nuevos mercados y desencadenando un despliegue de nuevas tecnologías; esta aceleración «desencadena guerras y revoluciones», antes de que el mercado mundial pueda volver a estabilizarse conforme a nuevos parámetros. A continuación, el capital entra en escena para cubrir los nuevos sectores productivos, iniciando una era dorada de crecimiento, abriendo el espacio para la redistribución y promoviendo la paz social. Los beneficios generales aumentan a medida que la escala de la producción se expande; se absorbe nueva mano de obra. Entonces la inversión excesiva, la inflación o la desmesura llevan a un punto crítico, un «punto de ruptura» donde la incertidumbre se extiende. Las medidas redistributivas y las condiciones de trabajo son redimensionadas y se ataca a los salarios, mientras los modelos empresariales cambian rápidamente

«para apoderarse de lo que queda de los beneficios». A medida que el capital se retira de nuevo hacia las finanzas, la crisis adopta una forma cada vez más financiera, los precios caen y se producen situaciones de pánico y depresión. Si Kondrátiev pensó que el ciclo estaba dirigido por la necesidad de renovar las infraestructuras, y las versiones schumpeterianas tienden a concentrarse en la innovación, Mason otorga a la lucha de clases un papel central en las recesiones, que es cuando pueden producirse adaptaciones clave: si los trabajadores logran resistir la presión sobre los salarios, el capital pasará del sector productivo al sector financiero, donde podrá ser reinvertido en las nuevas tecnologías y modelos empresariales de la siguiente onda, proceso que normalmente es organizado por el Estado.

Así, cuando la primera onda, entre 1790 y 1848 (impulsada por el sistema fabril, la máquina de vapor y la construcción de canales) llegó a su fin con la depresión de finales de la década de 1820, los propietarios de las fábricas trataron de sobrevivir «descualificando la mano de obra y recortando los salarios». Pero el movimiento cartista y la huelga general de 1842 forzaron al Estado a transformarse en una «máquina al servicio de los capitalistas industriales en el poder», en lugar de ser «un campo de batalla entre ellos y la vieja aristocracia». Se abolieron las *Corn Laws*, que protegían el grano británico mediante aranceles, el Banco de Inglaterra se hizo con el monopolio de la emisión de billetes y la legislación fabril terminó con «el sueño de reemplazar a los trabajadores masculinos cualificados con mujeres y niños». La recesión de 1870 (dentro de la onda que tuvo lugar entre 1848 y mediados de la década de 1890, basada en el ferrocarril, el telégrafo, los barcos de vapor, unas divisas estables y la producción fabril de máquinas) asistió al surgimiento de los primeros movimientos obreros de masas y los éxitos a la hora de resistir la automatización forzaron un cambio estratégico, con la fusión de los monopolios y las finanzas, respaldado por un Estado imperialista que imponía tarifas y construía infraestructuras. La recesión de 1917-1921, que inauguró la onda siguiente, supuso ataques contra los salarios, que no podían caer lo suficientemente rápido, lo cual precipitó el fin del patrón oro, la creación de bloques comerciales cerrados y la dedicación de gasto público al crecimiento y el desempleo.

Ahora, sin embargo, este patrón se ha venido abajo. A medida que la larga expansión de posguerra tocaba techo en la década de 1970 y Estados Unidos pasaba a implementar el sistema del patrón dólar, los pioneros del neoliberalismo concluyeron que «una economía moderna no puede coexistir con una clase obrera organizada» y actuaron en consecuencia, imponiendo una política monetaria procíclica y el desempleo masivo. El resultado fue que «la década de 1980 presencié la primera “fase de adaptación” en la historia de las ondas largas en la que la resistencia obrera se vino abajo». Por lo tanto, en lugar de dirigirse a nuevas líneas de inversión productiva, los

salarios reales decrecientes, «los modelos de producción de bajo valor añadido» y la atomización de la clase obrera permitieron al capital estirar las fases depresivas de la onda, mientras que la deuda pública de las economías avanzadas se disparaba, al mismo tiempo que crecieron las desigualdades, la inversión extranjera directa, la parte financiera de los beneficios y la oferta de dinero. La «fiebre del azúcar de 1989» –la apertura repentina de nuevos «afueras» a la espera de la penetración del capital, unida a la duplicación de la oferta de trabajo global– prolongó aún más, y distorsionó, la recesión. Las innovaciones del sector de las tecnologías de la información no dieron los frutos económicos esperados: la OECB reconoce que el crecimiento en el mundo desarrollado será débil durante los próximos cincuenta años, con unas desigualdades que llegarán al 40 por 100, mientras que el dinamismo del mundo en vías desarrollo se agotará hacia 2060. Pero si una quinta onda no entra dentro de los pronósticos, ¿qué nos depara entonces el futuro?

Para responder a esta pregunta, Mason se apropia críticamente de las ideas de varios «profetas del poscapitalismo», empezando por el gurú del *management* Peter Drucker, que imaginó a «la persona cultivada universal» –una especie de *mánager-intelectual*– como el arquetipo de la sociedad futura. Mason le da a la profecía de Drucker una forma más plebeya, para concluir que se ha encarnado «en los individuos en red, identificables por su inmersión en los *smartphones*». Del economista de Chicago Paul Romer toma la teoría de la información: aunque la producción de datos tiene un coste, copiarlos tiende a ser gratuito, como el PDF de un artículo, por ejemplo; la información duplicada tiene «un coste marginal cero» y «es no rival», en el sentido de que mi posesión de la misma no impide a nadie disfrutarla a su vez. Cuando esto sucede, es necesario introducir medidas legales o técnicas que impongan la escasez en los bienes basados en datos, a fin de mantener algún tipo de precio; la «competencia imperfecta» y los monopolios pasan a ser la regla. Del antiguo director de la revista *Wired*, Kevin Kelly, toma la idea de que las redes tienden a convertirse en algo más que la suma de los ordenadores individuales (aunque también es posible que esta noción se la deba a John Gage); del profesor de Derecho de Harvard Yochai Benkler, la idea de una «producción por pares basada en los bienes comunes» [*commons-based peer production*], de la que Wikipedia y Linux son claros ejemplos. Mason da la vuelta a la afirmación del economista neoclásico Kenneth Arrow, según la cual la propiedad intelectual en una economía de libre mercado implica una «infrautilización de la información», para sugerir que «una economía basada en la utilización plena de la información no puede ni basarse en el libre mercado ni imponer derechos absolutos a la propiedad intelectual».

Para Mason el tecnofuturista más prominente es, sin embargo, Marx, cuyo «Fragmento sobre las máquinas» de 1858 es, en su opinión –y según los *postoperaístas*, antes que él– toda una profecía de la economía de alta

tecnología en la que la información se ha convertido en «la principal fuerza productiva»; donde el conocimiento social se ha «encerrado en las máquinas»; donde las aportaciones al proceso de producción ya no pueden cuantificarse de la misma forma que el trabajo y las materias primas; donde las horas de trabajo tienden a reducirse al mínimo. Sin embargo, critica a los «discípulos de Antonio Negri» por sobreestimar la coherencia del capitalismo contemporáneo, con el que la emergente economía de producción por pares es incompatible. Si bien todo esto apunta a su traducción en una contradicción central, dicho en la terminología marxista clásica, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción –«entre la posibilidad de bienes libres, abundantes y socialmente producidos, y un sistema de monopolios, bancos y gobiernos que tratan de mantener el control sobre el poder y la información»–, Mason no tarda en reformularla optando por un formalismo más del gusto de los lectores ahormados en el pensamiento de Gilles Deleuze y Manuel Castells: redes *versus* jerarquía.

¿Qué es lo que explica la tendencia al «coste marginal cero»? Para responder a esta pregunta, Mason acude a la teoría del valor-trabajo. Aun a riesgo de distorsionar a la ya de por sí condensada narrativa de *Postcapitalism* podemos sintetizar la respuesta de Mason del siguiente modo: la idea clave de Marx fue que puede haber una diferencia cuantitativa entre lo que los salarios pueden comprar para los empresarios –la fuerza de trabajo de los obreros– y lo que esos mismos salarios pueden a su vez comprar para los propios obreros. Esta diferencia significa que los empresarios pueden ofrecer un salario «justo» mientras tiene lugar la explotación a lo largo y ancho de la sociedad, permitiendo a algunos la acumulación de plusvalor. Las cantidades divergentes son medidas del tiempo de trabajo y sus niveles sociales medios determinan tanto los valores subyacentes de las mercancías como el margen de beneficio. Las máquinas que permiten ahorrar trabajo contribuyen al valor de las mercancías sólo en la medida en que ellas mismas –en tanto que resultado del proceso de trabajo– tienen un valor que se amortice a medida que envejecen. Y en la medida en que posibilitan producir la misma cantidad de bienes con menos trabajo, los promedios sociales que determinan el valor se reducen, devorando los beneficios medios. Así, la teoría del valor-trabajo conduce directamente a la «ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio». Para Mason, el mérito de esta teoría es que puede explicar lo que sucede *en ausencia* de *inputs* laborales: predice su propia redundancia a medida que los valores, y por lo tanto los precios, tienden a cero. En contraste con ello, el marginalismo de Walras y Jevons –los supuestos vencedores de la teoría del valor-trabajo y, por lo tanto, los fundadores de la economía moderna– no tenía forma alguna de dar cuenta de aquellos bienes que no tienen precio, ni mucho menos de entender el capitalismo como un sistema en evolución.

Si la existencia de un precio depende en última instancia del hecho de que se necesita socialmente *alguna* cantidad de trabajo para reproducir el bien en cuestión, entonces el precio de un bien que se puede duplicar sin esfuerzo tenderá a cero. Esto se aplica no sólo a bienes de consumo basados en datos, como pueden ser los mp3 o los libros electrónicos, sino también al *software* que forma parte de cada vez más máquinas. Marx entendió que si una máquina no se desgastara, o se pudiera reemplazar de forma gratuita, su propio valor dejaría de contribuir al de aquello que producía. Uno de los aspectos más originales de la construcción de Mason parte de este punto: si el valor de un componente básico de las máquinas utilizadas en la producción tiende a cero, entonces el valor que transmiten también disminuirá. Por lo tanto, incluso los valores de los bienes físicos se verán afectados por una presión a la baja proveniente de la tendencia de los datos hacia el «coste marginal cero». Mason aporta un modelo rudimentario que muestra cómo estos efectos se extienden por toda la economía, haciendo que incluso los costes del trabajo y de las materias primas caigan. A pesar de que estas evoluciones podrían promover potenciales contratendencias –el abaratamiento de los costes de producción podría impulsar las tasas de beneficio–, en opinión de Mason el resultado general debería ser que «franjas enteras de actividad económica son “robadas” o sustraídas del marco normal de mercado».

Si las aceleraciones históricas de la expansión capitalista superaron tasas de beneficio decrecientes de forma significativa a través de la capitalización de áreas siempre nuevas a medida que nacían nuevas mercancías y nuevas necesidades, esto implica que estas últimas no pueden ser ni interminables ni arbitrarias; o bien que la forma en que el capital se relaciona con estas puede cambiar de manera fundamental. Para Mason el hecho que anuncia un cambio de este tipo no es otra cosa que la «información»:

La información no es una tecnología aleatoria que simplemente entra en escena y se puede dejar atrás, como ocurrió con la máquina de vapor. La información inviste toda innovación futura con la dinámica del precio cero: la biotecnología, el viaje espacial, la reconfiguración cerebral o la nanotecnología, y cosas que no podemos ni imaginar.

Por esta razón, el auge de la información no puede significar tan sólo la emergencia de un nuevo modo de producción susceptible de estar situado armoniosamente junto a un tipo de producción capitalista duradero –como en las visiones de Yochai Benkler–, ni ello inaugura tampoco un nuevo régimen estable de acumulación capitalista, tal y como pretenden algunas interpretaciones del postautonomía italiana. Y es que, a fin de cuentas, «una economía basada en la información» no puede ser «una economía capitalista».

El tono finalista de este juicio no se lleva demasiado bien con la insistencia de Mason en que la transición deberá implementarla un sujeto

específico. Pero, ¿quién debería ser este sujeto? Mason revisa la historia del movimiento obrero, desde la rebelión (década de 1900) y la represión (década de 1930) a la coexistencia (década de 1950), para argumentar que su ideología espontánea tenía que ver con el control del lugar de trabajo, la solidaridad, el autodidactismo y «la creación de un mundo paralelo». Esto, más que el reformismo sindical o el comunismo revolucionario, era lo que buscaban los delegados autónomos que emergieron al margen de los sindicatos que apoyaron la Primera Guerra Mundial para formar comités de fábrica y consejos. Pero tras la masacre de obreros por obra del fascismo y la guerra, se llegó a un consenso en virtud del cual el trabajo parecía «absurdo, ridículo y aburrido», y desde principios de la década de 1960 los obreros pudieron comprobar que el incremento espectacular en la automatización «ya no era cosa de ciencia ficción».

Entretanto, varios «teóricos del declive» —Bell, Marcuse, Mills, Gorz— concluyeron que la clase había renunciado a su papel radical. A corto plazo, esto no fue confirmado por los acontecimientos; pero, en opinión de Mason, mientras «[...] nosotros, los militantes de mediados de las décadas de 1970 y 1980 desdeñamos a aquellos que habían declarado que las viejas formas de lucha de la clase obrera estaban muertas», eran de hecho «ellos, quienes habían visto el futuro». En los países capitalistas avanzados, los lazos afectivos de la cultura de la clase obrera se habían visto erosionados a través de «la inyección de conocimiento formal en la vida de la clase trabajadora», al tiempo que un nuevo tipo de trabajador veía la luz mientras se acercaba el repunte de las luchas de la década de 1970. Tras las derrotas de la década de 1980, la fuerza de trabajo fue estratificada entre los privilegiados y los precarios, mientras el mundo desarrollado se reorientaba hacia los servicios. Pero incluso en el mundo en vías de desarrollo, la industria supone sólo el 20 por 100 de la fuerza de trabajo y «cualquier idea de que la globalización ha simplemente transportado el modelo fordista/taylorista al Sur global es ilusoria». Mientras tanto, la porción que ocupan los salarios en el PIB está decreciendo a escala global, lo que lleva a los trabajadores a adoptar «conductas financiarizadas». Sin embargo, si la automatización amenaza cada vez más empleos y las erosiones tecnológicas de la distinción entre trabajo y ocio han supuesto también la erosión del «vínculo entre salarios y tiempo de trabajo», los *smartphones* han situado poderosas herramientas organizativas «en el bolsillo del mono de cada trabajador chino». Esto marca la emergencia de una «humanidad en red», o «la clase obrera “superada”», un nuevo sujeto revolucionario que reemplazaría al viejo proletariado. De nuevo Mason se hace eco de Castells: «La principal línea de ruptura en el mundo moderno es la que se verifica entre las redes y las jerarquías».

Pero ¿cómo podrá este nuevo sujeto liberarse de un capitalismo tambaleante? Mason regresa sobre la cuestión de la transición, en sus dos

acepciones clásicas: hacia dentro del capitalismo y hacia fuera del mismo. Uniéndose al creciente interés actual en Alexander Bogdanov –un bolchevique rival de Lenin, pionero de la teoría de sistemas y fundador de la *Proletkult*–, encuentra en la novela *Estrella roja* de 1909 una utopía oportuna de abundancia y cooperación espontánea posibilitada por la tecnología; Bogdanov también parece enseñarnos una lección familiar: «No tomar el poder en un país atrasado». La realidad de la transición soviética fue la brutal apropiación por parte de Stalin del programa izquierdista, la supresión de los *kulaks* y el aumento forzado del crecimiento a través de la reasignación de recursos a la industria. En opinión de Mason, se trataba de un mero crecimiento extensivo, detrás del cual no había incrementos en la productividad, y en el que los planificadores soviéticos iban «volando a ciegas», incapaces de saber lo que estaban haciendo. Los participantes antisocialistas en el «debate sobre el cálculo económico» de principios del siglo xx tenían un punto de razón: el mercado es una «máquina calculadora» para la asignación de recursos escasos, y sin él –tal y como insistía Mises– «sólo queda andar a tientas en la oscuridad». Sin embargo, Hayek concedía que el Estado podía ocupar el puesto del mercado, dada la información requerida y la capacidad de cálculo correspondiente, una posibilidad que algunos vuelven a contemplar a medida que los centros de megadatos van poblando las partes más frías del planeta. De hecho, la planificación es ya una realidad de la vida capitalista, aunque no haya necesidad de fantasear sobre un plan central y monolítico para todo.

Vista en términos de las presuposiciones del «debate sobre el cálculo económico», la transición se convirtió en un problema meramente técnico de cómo asignar recursos escasos. Sin embargo, la teoría del valor-trabajo ofrecía un planteamiento alternativo, ejemplificado en el pensamiento de la oposición de izquierda: el trabajo era una medida universal del valor que gradualmente sería superada, junto con el mercado, a medida que la producción fuera forzada al alza, con la ayuda de la retroalimentación obtenida a través de la democracia en el lugar de trabajo, en la transición a un estado de abundancia. Se trataba de una transición en tanto que proceso dinámico, en lugar de un problema técnico, y supone el precedente más próximo a lo que Mason imagina hoy, si bien con una diferencia crucial: la planificación central prescrita en la época de Hilferding ya no es asumible –si es que lo fue algún día–, ya que tendría que vérselas con una sociedad mucho más compleja y con una enorme economía entre pares, cuyas dimensiones están aún por calcular. Mason busca inspiración en las obras de Shakespeare sobre los albores de la historia moderna, para conceptualizar el proceso como algo comparable, en términos de profundidad social y en términos de contingencia, a la emergencia del capitalismo. En transformaciones de este tipo, «nunca comparamos cosas análogas». Así que no debemos esperar que lo

que reemplace al capitalismo «se base en algo tan puramente económico como el mercado, ni tampoco en algo tan claramente coercitivo como el poder feudal».

Hay, sin embargo, un proceso histórico lineal que articula la secuencia de los modos de producción, representado en la población global y en las cifras de PIB, el cual crece exponencialmente hacia la abundancia a partir aproximadamente de 1800. Mason armoniza a Keynes con Marx: «Algún día habrá suficientes bienes para todos y el problema económico estará resuelto». Pero si la transición desde el feudalismo estuvo marcada por factores exógenos y endógenos entrelazados, la próxima será análogamente compleja. Mason empareja las causas de cada transición –una agricultura feudal estancada, con la paralizada quinta onda de Kondrátiev; el surgimiento de la banca, con el surgimiento de la «información»; la conquista de las Américas, con el descubrimiento de nuevos tipos de riqueza basados en las tecnologías de la información; la peste negra, con el cambio climático, el envejecimiento de la población y la inmigración; la prensa de Gutenberg, con la tecnología de la información. Lejos del planteamiento de las «marchas forzadas», la clave estaría en modelar este proceso a través de un «proyecto gradual, modular e iterativo».

Dada la escala de la crisis actual, sin embargo, se va a requerir una verdadera voluntad para ejercer el poder de gobierno «de una forma radical y disruptiva». Las medidas incluirían romper o socializar los monopolios de la tecnología; tomar el control de las industrias del carbón para imponer reducciones de emisiones por la fuerza; socializar el sector financiero mientras se mantiene un espacio para que las finanzas «retomen su papel histórico» de asignación de capital; apoyar las cooperativas y la banca mutualista; la provisión pública de servicios; una renta básica universal de 6.000 libras al año y un salario mínimo de 18.000 libras, con vistas a facilitar una semana laboral más corta y permitir a la gente rechazar «empleos basura». Estas estrategias permitirían al mercado funcionar como un transmisor del efecto del «coste marginal cero», acelerando la transición hacia la abundancia poscapitalista, mientras el Estado se convertiría en una especie de «wiki Estado», que alimentaría la producción por pares y el trabajo colaborativo.

La figura de la «red» representa aquí la alternativa al poder de mando y al control bolcheviques, aunque Mason encuentra una prefiguración de esto en el llamamiento de Preobrazhensky de 1926 en pro de un «sistema nervioso complejo y ramificado de previsión social y orientación planificada». Si esta imagen marca convencionalmente una inclinación hacia formalismos anarquizantes, aquí se trata más bien de que la «oposición de izquierda» se fusione con la cibernética y adopte la metodología de gestión de proyectos tecnológicos de la información: experimentos a pequeña escala a partir de los que ir creciendo; prácticas modulares, distributivas, perturbadoras. El

capítulo conclusivo de Mason –según nos dice el propio autor– sería más apropiado escribirlo «en forma de notas *post-it* sobre una pizarra blanca», para que fuera revisado por «la sabiduría de las masas iracundas». Si los intereses inmediatos de los trabajadores en 1917 chocaron con los del Estado, representado por la jerarquía del partido y si, por lo tanto, hubieron de ser suprimidos, la próxima vez la red nos permitirá limar este tipo de contradicciones, «modelando alternativas» y «argumentando las cosas». Pero la red es también «el enjambre temporal»: un nuevo tipo de actor, distinto de los partidos y de los Estados. La compleja modernización económica y la «Internet de las cosas», que ya está en camino, facilitarán la regulación económica y ecológica, socializando el conocimiento y amplificando «los resultados de la acción colectiva» a medida que «descentralizamos el control». La catedral leninista se transforma en el bazar tecnolibertario.

Ha habido un rico caudal de escritos sobre los límites del capitalismo desde la crisis financiera, y se puede hablar del surgimiento de un verdadero género que habría sido inimaginable antes de 2008. Contribuciones notables incluyen en este sentido *How will Capitalism End?*, de Wolfgang Streeck, y «Speculations on the stationary State», de Gopal Balakrishnan, artículo publicado en esta misma revista. Otros trabajos recientes –como por ejemplo, *Inventing the future*, de Nick Srnicek y Alex Williams, o *Rise of the Robots*, de Martin Ford– han atisbado el fin del capitalismo en su consumación *hi-tech*, y han tratado de forjar a partir de ahí una visión estratégica para la izquierda a través de medidas como la renta básica universal. Pero *Postcapitalism* de Mason las sobrepasa a todas ellas, en tanto que intento de situar históricamente la presente crisis. Su combinación de una conceptualización panorámica y a largo plazo de las dinámicas del capitalismo con una sorprendente síntesis de la teoría del valor y de la crítica de la tecnología, y un serio intento de pensar a través de los elementos de un programa transicional, han producido una obra poderosa y original, que se mantiene a flote gracias a un estilo seguro de sí mismo y a un relato certero. La vivaz curiosidad intelectual de Mason y su talento para devolver a la vida debates históricos a menudo nos recuerda a Hobsbawm. ¿Cómo valorar esta ambiciosa construcción?

Tal y como sucede con muchos otros pensadores en las décadas recientes, «la red» se ha convertido para Mason en algo así como un concepto maestro, que se refiere a un sujeto social; a una forma organizativa; a una infraestructura de comunicación; a un modelo de relaciones entre la gente; a unos sistemas cibernéticos de planificación; y a un espacio para la deliberación. En un sentido topológico, cualquier conjunto de relaciones –incluidas las jerárquicas– se pueden conceptualizar como una red; la abstracción del concepto permite muchas valencias. Si uno de los principales resultados del desarrollo capitalista moderno ha sido el de ir rodeando el planeta con capas

y capas de infraestructura, cristalizando lo propiamente social en forma de ferrocarriles, carreteras, tuberías, cables, satélites y centros de datos, quizá haya una razón para esta idea de desaparición paulatina de la línea que separa la tecnología y las relaciones entre las personas. La aceleración de ese proceso progresivo en la época de posguerra es rastreado de cerca por el despegue de este último periodo. La llegada de Internet supuso la emergencia de un estándar universal bajo el cual los aspectos comunicativos de este proceso se pudieron ordenar, a medida que su despliegue fue ganando ritmo; un cambio cualitativo hacia una unificación general de las comunicaciones y de las infraestructuras de computación y, por lo tanto, de la sociedad. El poder de «la red» radica en que parece capturar las implicaciones de este proceso, un proceso que, después del que disparó la productividad agrícola, quizá sea el mayor logro del capitalismo contemporáneo.

Esta unificación, sin embargo, ha acompañado (y seguramente ha favorecido en parte) una erosión de formas preexistentes de comunidad, basadas en la proximidad física. En este sentido, tal vez esté relacionada con el hundimiento del movimiento obrero en la cuarta onda de Mason, así como con la emergencia subsiguiente de nuevos sujetos antagonistas. También ha acompañado al crecimiento de las relaciones distintivamente no horizontales, a medida que las diferencias de riqueza se han ido disparando entre los Estados y dentro de los países desarrollados, mientras que los «efectos red» –que hacen que la utilidad de la red crezca exponencialmente cuanto más grande sea– han ayudado a las compañías tecnológicas a convertirse en enormes edificios, que ejercen un poder despótico en sus propios reinos y garantizan a los Estados dominantes unas capacidades de vigilancia sin precedentes. Si la red significa una unificación de lo social, hasta ahora lo ha sido de unas sociedades profundamente desiguales y divididas. Ha llegado la hora de cuestionar esta figura. ¿Puede la «humanidad en red» identificarse realmente con una «superación» del viejo sujeto-objeto de la historia lukacsiano, cuando también incluye las cuentas de Twitter de la OTAN y del Departamento de Estado, cuyos seguidores superan en gran medida a los de la mayoría de los individuos? De ser así, el énfasis debe ponerse más en la negación que en la preservación.

Si los movimientos radicales están ahora necesariamente interconectados [*networked*], sus enemigos, por supuesto, lo están mucho más. La lente tecnológica tiende a capturar estas distinciones políticas de modo superficial, de modo desenfocado, y el funcionamiento específico del poder no es percibido aquí con un nivel de perspicacia comparable al de los análisis económicos de Mason. Mason aboga por soluciones en las que haya algo para cada uno; incluso los alienados directores ejecutivos se verán «más pobres pero más felices», una vez el 99 por 100 los haya liberado. En la transición de Mason, unos «gobiernos» que no se especifican se harán cargo de la tarea

de suprimir las finanzas, tomar el control de las grandes empresas petroleras, disgregar las grandes empresas tecnológicas, devolver la política de los bancos centrales a los votantes e imponer un salario mínimo sustancioso. Pero el hecho es que todos los partidos gobernantes hoy en día en el mundo desarrollado están comprometidos con un apoyo a gran escala de las finanzas privadas a costa del gasto social; tal y como Mason reconoce, las más bien modestas propuestas de Syriza fueron aplastadas a la manera en que «los glóbulos blancos atacan un virus». «La humanidad en red» es si acaso un marcador de posición para una respuesta a la cuestión de cómo podría obtenerse la fuerza social requerida para desafiar de forma sustancial el consenso actual, por no hablar de que implemente medidas transicionales del orden descrito en *Postcapitalism*.

El «individuo interconectado» de Mason puede leerse más como una figura del futuro, una encarnación del «individuo social» sobre el que Marx meditó en sus «Notas sobre James Mill» de 1844: desarrollado y al mismo tiempo suprimido por la realidad capitalista, un individuo ya no separado de los medios sociales de reproducir su propia vida, y capaz de apropiarse finalmente –según una formulación de los *Grundrisse*– «de todos los poderes de la ciencia y la naturaleza» y de la «combinación social y de la relación social», cuyo desarrollo venía siendo hasta ahora tarea del capital. Por ahora aquellos poderes siguen en gran medida clausurados en infraestructuras técnicas opacas de propiedad ajena, una literatura académica custodiada en enormes departamentos y sólo accesible a aquellos con las legitimaciones requeridas. Pero no se puede negar que durante las décadas recientes –en las que la *web* ha incrementado en gran medida la disponibilidad libre de información básica y el porcentaje de matrículas en educación superior se ha triplicado a escala global– se ha verificado una profundización espectacular del «*general intellect*» de Marx. Sin embargo, deberíamos ser cautos a la hora de identificar el *general intellect* con la «información» de la teoría de la información, que surgió como el objeto de procesos automatizados a finales del siglo XIX, para alcanzar su apoteosis con la llegada de Internet. En el empeño de Mason por detectar una profecía en el «Fragmento sobre las máquinas», el *general intellect* pasa a ser algo que experimenta «actualizaciones» y en cuyo seno el conocimiento es «almacenado y compartido». Más probable parece que Marx estuviera pensando en las tecnologías existentes por entonces: el «sistema automático de la maquinaria», puesto en movimiento por «una fuerza motriz que se mueve por sí misma», que constituye el objeto de esas notas, es seguramente la máquina automática que buscaban los primeros industriales. Hasta las fábricas de algodón hidráulicas de principios del siglo XIX pueden verse en términos de Marx como grandes aplicaciones de la ciencia, resultado de un proceso de producción donde el trabajo era tendencialmente marginal. La *spinning mule* y el *power-loom* eran probablemente

las tecnologías ejemplares del «Fragmento»: el conocimiento para operarlas, que se pasaba de un lugar de trabajo a otro, suponía ya el crecimiento del *general intellect* (si bien hay que admitir que las tarjetas perforadas del telar de múltiples husos fueron el germen de la computadora programable). El desarrollo de estructuras universales para la comunicación, el almacenamiento y el procesamiento de información en general es un paso decisivo en este proceso a más largo plazo.

Pero si, en aras del argumento, aceptamos que la «teoría del valor de la información» de Mason –a medida que el valor de máquinas y bienes disminuye, la economía entre pares crece– ofrece un diagnóstico para las deprimentes perspectivas de crecimiento actuales, se plantea entonces una pregunta natural, que es la de cómo podemos relacionar esto con otros factores, como la reorientación de las economías avanzadas hacia los servicios, el cambio hacia modelos de *shareholder value* [valor para el accionista], que no animan la inversión productiva, o el lastre del envejecimiento demográfico. ¿Es la propia informacionalización de la producción lo suficientemente pronunciada como para compensar las posibilidades de crecimiento derivadas de las correspondientes expansiones del trabajo productivo en el caso, por ejemplo, de la fabricación de tabletas y teléfonos inteligentes? Dado que se postula que una parte creciente de la economía se halla ahora fuera del mercado y se sustrae, por lo tanto, a su cuantificación, ello implica que tal equilibrio puede ser de hecho imposible de conocer, lo cual nos libera oportunamente de acometer tal tarea. Pero, entonces, ¿como podríamos juzgar si las apelaciones al auge de la «información» como factor esencial que impide la quinta onda de Kondrátiev son o no afirmaciones justificadas? ¿Hay quizá algún factor no monetario que podamos considerar representativo para solventar esa falta de cuantificación? A pesar de toda la importancia que tiene el movimiento del *software* libre a la hora de desarrollar y mantener algunas de las infraestructuras fundamentales sobre las que opera el mundo de nuestros días, el tiempo que se dedica libremente a dichas actividades será seguramente minúsculo si lo comparamos con las horas de trabajo pagadas que se emplean en cosas tales como los algoritmos propietarios. Especialmente ahora que la red salvaje ha sido conducida a los corrales comerciales, ¿podemos estar seguros de que la economía entre pares está realmente creciendo? Si existe una virtud de la teoría del valor-trabajo sobre la teoría marginalista a este respecto es que predice su propia redundancia, pero por la misma razón no logra dar cuenta de lo que hay más allá de la misma. La teoría corre el riesgo de convertirse en una especie de poste indicativo, que apunta meramente a lo sublime tecnológico.

No está claro en qué punto la transición poscapitalista de Mason habría de conducir definitivamente a un nuevo modo de producción estable. La lógica de su argumento sugiere que tal cosa sucederá cuando la exacerbación

basada en la información de tasas de beneficio decrecientes nos haya llevado a un mundo en el que no sólo la información, sino *todo*, tenga un coste marginal cero. Si el trabajo es la medida del valor, semejante estado sería una jauja *hi-tech* «completamente automatizada», donde todo, desde la producción alimentaria hasta el mantenimiento de las infraestructuras no requiriera aportación de trabajo alguna. ¿Podría ser esta la economía de la abundancia que esperaron ver tanto Keynes como Preobrazhensky a partir de la década de 1930 y que algunos pensaron inminente en la de 1960? Podemos dudar de que haya realmente aquí un «todo» determinado y factible. O, si un nuevo modo de producción pudiera ser completamente actualizado antes de llegar a semejante punto, ¿cuál sería el factor decisivo? Y, finalmente, ¿cómo se podría evitar que las contratendencias aparejadas, tales como el abaratamiento del trabajo y de los costes materiales, estimularan de nuevo el capital? Tal y como sucedía con la *Zusammenbruchstheorie* [teoría del derrumbe] de Henryk Grossman de 1929, una cuestión clave que tendría que responder Mason es si la curva de la acumulación capitalista no podría descender indefinidamente de forma asintótica sin alcanzar nunca su punto final.

El drama del impacto de la infotecnología es a menudo la base de otro tipo de curva. Con la considerable expansión del poder de cálculo y de almacenamiento de los ordenadores, hay un cierto tipo de misticismo de lo exponencial, que se ha convertido en un lugar común entre los intelectuales orgánicos de Silicon Valley: Martin Ford imagina un coche que acelera, conforme a la «ley de Moore», hasta los 671 millones de millas por hora; Ray Kurzweil cuenta de nuevo la vieja historia india sobre los granos de arroz, que se van doblando en cada recuadro del tablero de ajedrez, hasta alcanzar la suma de dieciocho trillones en la casilla final. Aquí lo exponencial representa la transformación de la cantidad en calidad, la ruptura histórica radical, sólo que no con el capitalismo. Pero al ponerse del lado de Marx y Keynes, Mason nos pide que nos imaginemos el poscapitalismo de forma análoga al punto en el que las líneas de crecimiento del PIB «se vuelven verticales». ¿Que podría significar esto en un mundo con cada vez más bienes gratuitos? En ausencia de valores monetarios, no habría ya baremo alguno para medir el crecimiento del PIB. Por lo tanto, podría pensarse que estas imaginaciones «aceleracionistas» de Mason terminarían por anularse a sí mismas, sin dar lugar a ninguna línea en absoluto. El misticismo de lo exponencial gira en torno a la presuposición de que la curva de crecimiento no tiene límite alguno, pero incluso la propia Ley de Moore está perdiendo fuelle. El crecimiento demográfico, como es sabido, tiende a estancarse tras el desarrollo industrial urbanizado. ¿No podría tal vez anticiparse un comportamiento similar con respecto a la productividad? Imaginar algo así no tendría por qué depender de atavismo u orientación algunos en pro de una

ética del «decrecimiento», ya que los beneficios de la productividad capitalista serían una precondition de nuestro poder, en palabras de Adorno, «para, en el ejercicio de nuestra libertad, dejar posibilidades sin explorar»; al igual que Mumford imaginó –al comienzo de la Gran Depresión– que el desempleo tecnológico se convirtiese en el «desempleo social de las máquinas» a medida que los propios logros de la tecnología permitían su uso más selectivo. Quizá ello, más que la quimera de la automatización total, constituya la «solución» del problema económico o apunte al surgimiento de un modo de producción genuinamente poscapitalista.